

nutriera y presentase suficiente resistencia á los vientos.

Tenian para deshojar y desgranar el maíz, eras de bastante capacidad, y para guardarlo y conservarlo bien, contaban con graneros diestramente fabricados, y en nada parecidos á los que se usan en Europa. Esos graneros que tenian capacidad para contener hasta siete mil fanegas de maíz, eran de forma cuadrada, y estaban hechos de la madera incorruptible, dura y flexible á la vez, de un árbol muy alto llamado *ojametl*. Aun se ven en nuestros dias, en algunas haciendas y lugares próximos á la capital, varios graneros semejantes, y es de creerse que hay entre ellos algunos que fueron fabricados antes de la conquista por los españoles, según la antigüedad que manifiestan.

Además de la especie de azada llamada *coatl*, tenian los mejicanos otros varios y curiosos instrumentos de agricultura, todos de cobre; y para cortar los árboles usaban de una sierra del mismo metal, cuya forma era muy parecida á la nuestra. Para regar los campos construian sólidas presas en que recogian las aguas de los rios ó las de los arroyuelos que descendian de los montes, y por medio de perfectas canales, las conducian á sus deliciosas sementeras que recompensaban con usura los trabajos del sencillo labrador.

Mientras el monarca mejicano Itzcoatl, lo mismo que Nezahualcoyotl y el de Tacuba, se ocupaban en sus respectivos reinos del adelanto de todos los ramos de utilidad social, los xochimilcos, juzgando que la preponderancia de los mejicanos era una amenaza para su independencia, se reunieron con el objeto de resolver si debian declararse feudatarios del rey de Méjico, para no sufrir la suerte de

los tepanecas, ó si debian formar alianza con otros reinos, á fin de declararles la guerra y destruir su poder antes de que llegase á mayor altura. La opinion dominante fué la de la guerra, la cual no se debia declarar hasta no tener seguro el golpe.

Los xochimilcos Aunque las juntas se celebraron con el mayor secreto, el monarca mejicano Itzcoatl llegó á tener conocimiento de ellas, y se propuso destruir á sus enemigos antes de darles tiempo á que pusieran en práctica lo que habian ideado. Procurando no perder ningun instante, alistó su ejército, pidió á los reyes de Tacuba y de Acolhuacan, según el pacto de su triple alianza, que le enviasen un número de fuerzas respetable, y puestas todas bajo el mando del valiente Moteuczoma, salieron con direccion á donde estaba el enemigo. La accion se trabó en las inmediaciones de Xochimilco, quedando victoriosos los mejicanos. Los xochimilcos, derrotados completamente, huyeron á la ciudad para tratar de defenderse; pero perseguidos de cerca por sus contrarios, destruidas muchas de sus casas, incendiadas las torres de sus templos y acosados por los mejicanos en los montes, á donde se habian refugiado por último, arrojaron las armas al suelo, en señal de rendimiento, y protestaron obediencia al monarca de Méjico.

Los despojos cogidos en la poblacion rendida á viva fuerza, fueron considerables.

En todos esos triunfos de ciudades tomadas por asalto, se contaba entre el botin un número bastante crecido de mujeres y de tiernos niños; aquéllas hechas cautivas para inmolarlas á sus dioses en determinadas fiestas, como ve-

remos en el curso de los acontecimientos; y los segundos, cautivos tambien, con el fin de sacrificarlos en las varias festividades que se hacian al año á Tlaloc, dios del agua, y de tener en ellos además, víctimas reservadas, para con la sangre de ellas amasar la pasta de semillas con que se hacian algunos ídolos en señaladas fiestas (1).

Xochimilco era la ciudad mas grande que habia en el valle, y por lo mismo, la sujecion de ella á los mejicanos fué de gran importancia para los vencedores.

Moteuczoma, que acabó en once dias aquella campaña, desplegando, como siempre, una intrepidez fabulosa, entró triunfante con sus tropas en la ciudad conquistada, donde fué recibido con música de flautas y tamboriles por los sacerdotes de Xochimilco, que trataron de atraerse su aprecio. Asegurada la conquista, el rey Itzcoatl marchó á tomar posesion de la nueva tierra conquistada, y llegó á Xochimilco rodeado de la nobleza y de los grandes de su reino. Itzcoatl fué aclamado inmediatamente rey, y recibió de los xochimilcos el homenaje que le presentaron, declarándose desde entonces súbditos suyos.

No bien habian sido sujetados los xochimilcos, cuando los habitantes de Cuitlahuac, ciudad colocada en una isla del lago de Chalco, y fuerte por su posicion, provocó á la guerra contra los mejicanos. Moteczoma pidió permiso

(1) Clavijero, al hablar de la tercera fiesta que se hacia á *Huitzilopochtli* y al hermano de esta sangrienta deidad, dice: «que los sacerdotes hacian dos estátuas de aquellos dioses, con ciertos granos amasados con sangre de niños».

Hernan Cortés, en su segunda carta-relacion escrita á Carlos V el 30 de Octubre de 1520, le dice: «Los ídolos son hechos de masa de todas las semillas y legumbres que ellos comen, molidas y mezcladas con sangre de corazones de cuerpos humanos».

al rey para irles á batir, y concedido por Itzcoatl, salió el bravo general con algunas compañías de jóvenes que él mismo habia adiestrado en el manejo de las armas, y despues de siete dias de asedio, tomó la ciudad que quedó sujeta á la corona de Méjico; cargó de ricos despojos á los valientes que le habian acompañado en su empresa, y volvió á Méjico, conduciendo un número considerable de prisioneros para sacrificarlos al dios de la guerra, y no pocas cautivas y niños á quienes no les estaba reservada mejor suerte.

Atribuyendo los mejicanos las victorias alcanzadas y sus rápidas conquistas y engrandecimiento á la proteccion de su deidad principal, el rey Itzcoatl ordenó, despues de la conquista de Cuitlahuac, que de referir acabo, que se ampliase el templo del dios de la guerra *Huitzilopochtli*, y levantó un notable santuario á la diosa *Cihuacohuatl*, que significa *mujer culebra*, conocida tambien con el nombre de *Quilaztli*. Esta diosa habia sido, segun la religion de los mejicanos, la primera mujer que tuvo hijos en el mundo, teniendo la particularidad de parir siempre gemelos. Era tenida en gran veneracion esta femenil deidad, la cual aseguraban que se aparecia con frecuencia, llevando sobre las espaldas una cuna con un niño dentro.

La conquista de Cuitlahuac dió á los mejicanos un nombre respetable, y sus hazañas fueron vistas con asombro por unos, con envidia por otros, pero como grandes por todos. Con la agregacion de los pueblos vencidos, Méjico empezó á extenderse y crecer.

Nadie miraba con peores ojos el engrandecimiento del imperio mejicano como Cuauhtlatoa, tercer rey de Tlate-

lolco. No atreviéndose á declarar una guerra franca, y juzgando que la muerte del monarca de Méjico bastaria á que los mejicanos volviesen al estado en que anteriormente se hallaban, trató de hacer asesinar á Itzcoatl, confederándose con otros caudillos de las provincias vecinas, para reprimir á los vasallos de la víctima en caso de que tratasen de vengar su muerte. El plan estaba bien concebido; pero el soberano Itzcoatl, que no ignoraba los inícuos proyectos, supo desbaratarlos, preparándose á la defensa sin darse por entendido de nada. El rey de Tlatelolco, viendo al de Méjico poner en pié de guerra un grande ejército, desistió de sus proyectos, y todo quedó en el estado mismo que antes tenia.

Cuauhtlatoa ocultó su odio, y el monarca Itzcoatl siguió en tranquila posesion de las ciudades que habia conquistado.

Por otra circunstancia rara, vino el monarca mejicano Itzcoatl á entrar en posesion de la ciudad de Cuauhnahuac, y á tener un nuevo aliado en el señor de Xiuhtepec, ciudad del país de los tlahuicas, situado á cosa de diez leguas al Mediodía de Méjico. Este magnate habia pedido al señor de Cuauhnahuac, vecino suyo, una de sus hijas para esposa. El padre de la jóven contestó manifestándose dispuesto á obsequiar su deseo; pero habiendo pedido pocos dias despues la mano de la misma jóven el señor de Tlaltexcal, el inconsecuente padre, mirando mas al interés que al cumplimiento de su palabra, se la entregó al segundo.

Ofendido el señor de Xiuhtepec del afrentoso ultraje recibido, trató de vengarse; pero siendo mucho mas pequeño su Estado que el de su ofensor, solicitó el favor del rey de

Méjico, ofreciéndole, en cambio, perpétua amistad, firme alianza, y servirle con su persona y sus vasallos siempre que fuese necesario. El monarca Itzcoatl vió una manera oportuna de ensanchar su reino con nuevas conquistas, y pidiendo tropas al rey de Tacuba ó Tlacopan y al de Acolhuacan, las unió á las suyas, formando un ejército respetable. Bien se necesitaban las tropas que reunió para acometer la empresa. Cuauhnahuac era una de las ciudades mas fuertes por su situacion y por el número de gente de que podia disponer el señor de ella, como se vió en tiempo de la conquista de los españoles en la resistencia que opuso cuando la sitiaron. El monarca mejicano Itzcoatl dispuso que la plaza fuese atacada por tres partes á la vez. Los tepanecas, por Tlatzacapechco, en la parte del Norte: los texcocanos y xiuhtepequeses, por Tlalquitenanco, en la del Oriente y Mediodía, y los mejicanos por Ocuilla, en la parte de Occidente. El ataque se dió con vigor. Los tepanecas subieron resueltamente; pero recibidos con una lluvia de flechas y de pedradas, se vieron precisados á retroceder ante el enemigo. Pero esta ventaja de parte de los que defendian la ciudad solo duró un momento, pues atacados casi al mismo tiempo por todas partes, se vieron encerrados en un círculo inquebrantable, de donde salia la destruccion y la muerte. Los cuauhnahuaqueses resistieron con valor el choque; mas al fin se vieron precisados á rendirse al rey de Méjico, obligándose á pagar anualmente un tributo de algodón, telas y otros objetos. Con la conquista de aquella importante ciudad, capital de los tlahuicas, la monarquía mejicana ensanchó su poder considerablemente, aumentándose mas y mas con las

conquistas de la ciudad de Cuauhtitlan y de Tolutlan que se efectuaron poco tiempo despues.

Méjico, que doce años antes habia sido tributaria de los tepanecas, que se vió precisada á sufrir en silencio afrentas y humillaciones de sus contrarios, se presentaba ahora potente y magnánima, respetada y temida, empezando á figurar en primera línea entre las naciones del Anáhuac.

La alianza ofensiva y defensiva, formada por las tres naciones y guardada con una fidelidad de que no hay ejemplo igual en la historia, fué de brillantes resultados para cada una de ellas. Ninguna de las naciones del Anáhuac podia resistir por mucho tiempo á las fuerzas unidas de los monarcas coligados. Declarar la guerra á cualquiera de ellos, era declarársela á los tres para sufrir una derrota y perder la libertad.

El monarca mejicano Itzcoatl, llenó de gloria, respetado de los extraños y querido de los suyos, se dedicó, despues de la guerra, á los negocios del Estado. Todos los ramos de la administracion los puso bajo un pié brillante: hizo que se construyesen buenos edificios; enriqueció con los despojos de las conquistas la ciudad; embelleció sus calles con importantes obras; impulsó el comercio y la agricultura; premió los servicios de los hombres que se habian distinguido en la guerra, atendiendo mas al mérito que al nacimiento del individuo; aumentó el brillo y esplendor de la carrera de las armas; mejoró la administracion de justicia, y colocó, en fin, á la nacion en un sendero de progreso y de prosperidad relativamente notable.

Itzcoatl fué el primer rey conquistador que tuvo Méjico, y el primero tambien que reinó con verdadera indepen-

dencia. Los monarcas mejicanos anteriores no lo habian sido más que en el nombre, puesto que siempre fueron el juguete de los reyes de Azcapozalco. Itzcoatl, sabiendo sacar partido de las circunstancias favorables que se le presentaron, destruyó el poder de los tepanecas que se habian ostentado como dominadores: les hizo tributarios de la corona de Méjico, cuando poco antes eran ellos los que cobraban el tributo; sujetó á muchas de las naciones vecinas que no hacia mucho se desdeñaban de contraer alianza con los mejicanos; conquistó señoríos que agregó á su nacion; creó un rey; colocó en el trono á otro, y dió á su patria gloria, riqueza y poder.

El monarca de Méjico establece tribunales y recaudaciones en las provincias tributarias. El rey Itzcoatl, con el fin de que las provincias que habia sujetado á la corona de Méjico cumpliesen con el pago de los tributos que se habian obligado á dar á la corona de Méjico, nombró recaudadores para el cobro, creó en cada ciudad principal un juez supremo para que conociese y fallase en las causas civiles y criminales, dejó en los principales puntos conquistados alguna fuerza para conservar lo adquirido, y dictó otras muchas providencias para la buena marcha del gobierno.

Religioso en alto grado, no se contentó con haber mandado edificar á la diosa *Zihualcohuac*, *mujer-culebra*, un magnífico templo, como dejo referido, sino que dispuso que se construyese otro en honor del dios de la guerra *Huitzilopochtli*.

1436. Muerte del rey Itzcoatl. Itzcoatl no tuvo el gusto de ver concluida la obra, pues falleció poco tiempo despues de haber empezado su fabricacion.

Doce años duró su reinado, que fueron otros tantos de preponderancia para su reino, y murió en 1436.

Como general, sirvió á la patria, antes de subir al trono, por espacio de treinta años, con valor y celo constantes: como rey, sus doce años de reinado fueron una serie de triunfos y de adquisiciones territoriales no interrumpida. Su muerte fué, en consecuencia, muy sentida por todos los mejicanos, y sus funerales se celebraron con la extraordinaria solemnidad con que se acostumbraba celebrar las de los monarcas, grandes y señores, y que paso á referir por ser dignos de conocerse.

Manera de celebrar los ritos funerales entre los mejicanos. Desde el instante en que el soberano caía enfermo, se le ponía al dios de la guerra *Huitzilopochtli* una careta sobre las dos que tenia, segun queda referido en páginas anteriores, y otra al dios Tezcatlipoca, cuyo templo, despues del consagrado á *Huitzilopochtli*, era el mas notable. Aquellas máscaras colocadas á las dos referidas deidades, no se las quitaban sino cuando el monarca habia recobrado la salud ó despues de haber sucumbido á la enfermedad. En el instante en que el rey de Méjico espiraba, se daba publicidad á su muerte con grande aparato, y se avisaba, así á los señores de los pueblos tributarios, caciques y grandes, como á los personajes notables de la corte para que asistiesen á los funerales. Mientras llegaba el dia en que se debian celebrar éstos, se colocaba el cadáver del rey sobre hermosas y finas esteras, quedando á su lado, para acompañarle, sus criados. Por espacio de cinco dias permanecia así el cadáver del monarca, tiempo en que llegaban de sus respectivas provincias los caciques tributarios, ata-

viados con sus mas lujosos trajes, ostentando ricos plumajes de brillantes colores, y acompañados de un séquito numeroso de escogidos esclavos. Dado el pésame á la familia real, los fastuosos caciques, revelando en sus semblantes la dolorosa pena por la pérdida del monarca, vestian por sí mismos el embalsamado cadáver. Varios hábitos de finas telas de algodón de varios colores formaban el ropaje que le ponian. Alhajas de oro y plata, exquisitamente trabajadas, y preciosas piedras de valiosos precios, adornaban sus brazos, cuello y pecho. Una rica esmeralda que le debia servir de corazon, la suspendian del labio inferior horadándoselo ligeramente, y varias joyas, de diversas hechuras, las colocaban en distintos pliegues del ropaje. Vestido el real cadáver, y terminado el adorno, se le cortaba con profundo respeto un pedazo de la melena que, unido á otro que se le habia cortado en la infancia, lo guardaban en una preciosa cajita de fina y aromática madera, con objeto de perpetuar la memoria del finado monarca, uniendo su nacimiento con su muerte; la cuna con la tumba. Todo lo mas rico, lo mas precioso que podia en vida adornar su cuerpo, lo llevaba despues de muerto, y para que nadie pudiese notar el cambio que la muerte habia operado en su fisonomía, le cubrian el rostro con una careta lujosa y rica. Puesto el misterioso antifaz, colocaban sobre los vestidos que velaban su cuerpo, las insignias de la divinidad, en cuyo templo debian sepultarse sus cenizas, y encima de la cajita en que habian guardado las dos melenas de pelo, ponian el retrato, ya de madera, ya de piedra, del finado monarca.

A este acto curioso de vestir y engalanar el cadáver,